

Juan Carlos Jiménez Ruiz

ANECDOTARIO
CINEMATOGRAFICO
de aventuras del cine
y
otros cuentos

EDICIONES DOCE CALLES
MUSEO DEL CINE. COLECCIÓN CARLOS JIMÉNEZ

1ª Edición: mayo de 2018

© de los textos: Juan Carlos Jiménez
© de la presente edición: Museo del Cine

Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-235-0
Depósito legal: M-19307-2018

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Una velada, una copa y un sueño.....	15
--------------------------------------	----

I. LAS ANÉCDOTAS

Dos cuñadas desenfrenadas.....	19
De cómo se inauguró el cine parís de Villarejo de Salvanés.....	23
Una sesión de cine a la antigua usanza.....	25
El empalme aéreo.....	27
Los problemas del doblaje (una barbaridad lingüística).....	31
Del oficio de operador en 1927.....	35
Las dotes artísticas del empresario-operador de cine.....	39
El cine que tuvimos.....	41
De cómo conseguí un piano de la Belle Epoque.....	45
Fantasmas en el cine fantasio de Triana.....	55
Rescatando un viejo proyector a una familia enemistada.....	57
Mi buen amigo Pedro: su última aventura.....	65
La dinamita está servida.....	69
Don Mariano Benavente y la fuente de «El Pilar».....	71
El technicolor en vivo.....	75
Falsedades y pequeños engaños.....	77
El ritual cinematográfico (ir al cine en 1900).....	79
El ritual cinematográfico (ir al cine en 1950).....	83
El ritual cinematográfico (ir al cine en 2000).....	87
La primera guerra del cine.....	91
Las tres mentiras de edison.....	95
Edison, el hombre (1940).....	97
El cine y la temperatura.....	101
Llega el cine a Madrid.....	105
Los primeros cines en los Estados Unidos de America.....	107
La publicidad y los guapos del parque.....	109

Los tres magos	113
Orden en la sala	117
Del silente al parlante.....	121
El cine Benavente, de don Jacinto	125
La inauguración de un cine «de pueblo».....	129
Cinema paradiso.....	133
Almería, tierra de cine.....	137
El «cameloscope».....	141
Ir al cine... sin saber a qué.....	145
De cómo se trabaja en España.....	147
Cine... ¡hasta perderse!.....	155
De cómo un acomodador vigilaba el orden sexual en su cine.....	157
Olocau.....	163
El gallinero	167
Curiosidades de cuando el cine era mudo.....	171
Un problema eléctrico	177
De cómo se hacía cine sonoro cuando el cine era mudo.....	181
Consejos prácticos «de cine».....	185

II. LAS AVENTURAS

Una muy curiosa inspección.....	193
Una accidentada sesión de cine.....	199
Los espectadores se ponen «negros»	203
El «pinchazo».....	207
Mi pobre perro.....	213
Un poeta en el cine.....	219

III. OTRAS COSAS (DE CINE)

Los orígenes de la linterna mágica cinematográfica.....	227
Hollywood a la española.....	231
El desarrollo del cine rural y su función social	233
Los torcidos caminos del cine que hubo en España	237
Morituri te salutam – la imposición	241
Primer centenario del cine – sinopsis biográfica	245
Cine sonoro y cine mudo.....	249
Evolución técnica de la proyección cinematográfica.....	253

Discurso de Carlos Jiménez en la Universidad Complutense.....	259
Ni cine clásico, ni clásico cine.....	263
Viejos cines, nuevas costumbres.....	267
Recuerdos del nacimiento del cine.....	271
El linternista.....	275
Las convulsiones del cine.....	279
Inauguración del museo del cine.....	283
Entrevista concedida a «encomienda mayor de castilla».....	289
Entrevista concedida a la revista «El cine de aquí».....	299
Visita guiada al museo del cine.....	303
Relaciones comerciales entre distribuidoras y exhibidores.....	325
Llega al museo del cine la cámara que filmó a Franco.....	329
El nacimiento del sonoro.....	333
El western: a tiro limpio.....	337
El mejor regalo: un libro. –de cine–.....	341
Clasificación moral de las películas a mediados del siglo xx.....	343
El formato cinematográfico de la iglesia.....	347
Los problemas eclesásticos del cine a mediados del siglo xx.....	349
Los premios Goya en su 29ª edición.....	351
El cine también tiene santo.....	355
El crimen de Cuenca.....	357
¡¡¡ Que vienen los socialistas !!!.....	359
Un legado histórico.....	361
De las variedades al erotismo.....	365
Carlos Jiménez presenta su novela en la Feria del Libro de Madrid.....	369
Franco, ese hombre.....	371
Presentación de la novela <i>Sentados en la butaca de un cine</i>	373
<i>Bodas de sangre</i> : la novia.....	377
Actores que no terminaron como sus películas.....	381
Los Goya: 31ª edición.....	391
La revolución industrial, la época victoriana, la Belle Epoque y el cine... ..	395
Linares: rescatando parte de su historia.....	399
La cruz de Malta y el cine.....	403
La guerra de las patentes.....	405
De cómo se engañaban mutuamente distribuidores (grandes y pequeños) y exhibidores (solo pequeños).....	409
Películas malditas y malas películas.....	421
El pecador de la pradera.....	425
La 32ª edición de los Goya.....	429

Carlos Jiménez ha regentado veintidós salas de cine rurales y, simultáneamente, ha recorrido toda la geografía Española buscando para su colección esas máquinas de cine que, escondidas, aún podían encontrarse en algún rincón de un cine abandonado. Pero aquellos viejos empresarios de cine —exhibidores— además de donarle o venderle su maquinaria, le han obsequiado con sus historias.

Son historias que han ocurrido en las cabinas de proyección —y que el público jamás tuvo conocimiento de ellas—, o en el patio de butacas de cualquier cinematógrafo, de esos que en los años 60 y 70 del siglo pasado pasaba casi de todo.

Todas las anécdotas e historias aquí narradas son verídicas, están atestiguadas por las personas que las vivieron y el autor da fe de ello. Probablemente muchas de ellas hoy nos parecerán verdaderas barbaridades, y otras nos despertarán la carcajada, pero en su conjunto nos muestran la forma que tenía el público de vivir el cine rural en una época determinada, lo que constituye una verdadera aportación a la historia del 7.º Arte.

La experiencia del autor —que dio su primera sesión de cine con tan solo ocho años de edad—, así como su pasión por revelar historias inéditas —muchas de ellas vividas en primera persona—, queda patente en las páginas de este singular anecdotario que, lejos de hablar de actores, directores u otras personalidades famosas del cine, nos relata lo sucedido en los cines más humildes, aquellos a los que despectivamente se les llamaba «de pueblo», pero que fueron el 80% de los cines de España e indudablemente cumplieron su función social.

Este *Anecdotario cinematográfico*, está pensado y escrito para hacerle a usted retroceder en el tiempo, para que, acomodado en su sillón o en su sitio de costumbre, se relaje, disfrute y sueñe con unos tiempos en los que el cine lo era todo.

Aparentemente es un sencillo libro de anécdotas, pero encierra algo más porque, en su segunda parte las anécdotas se convierten en historias, generalmente muy desconocidas, que enriquecerán los conocimientos cinematográficos del lector.

Es justo también decir, que todo aquello que se narra sin haber sido testigo directo el autor, aunque se presupone su veracidad, es imposible probarlo. Son datos recopilados de libros —antiguos y modernos— o aportados por las personas que vivieron los hechos y aquí los testifican. El autor simplemente se limita a narrarlos de la misma forma que han llegado hasta él sin que, de ningún modo, los confirme o desmienta. En consecuencia, el autor es un simple transmisor, sus afirmaciones han de considerarse opinables y cada lector será libre de sacar sus propias conclusiones.

Este libro está recomendado para todo aquel que quiera disfrutar del cine de los años 50, 60 o 70 y, muy especialmente, para alumnos de cualquier especialidad cinematográfica, que encontrarán en él historias que jamás fueron publicadas en España.

—¡Abuelo! —Exclamó gritando el más pequeño de mis nietos— ¡Cuéntanos una de tus historias!

—¡Ah! —Contestó el abuelo haciéndose el rogadizo— ¿Os gustan mis cuentos?

—¡Sí, sí, sí...! —Respondieron todos al unísono.

—Todas las noches, antes de ir a la cama nos cuentas una de tus historias. ¿Cual va a ser la de hoy? —Preguntó la más pequeña.

—Calmaos —respondió el abuelo— sabéis que antes me gusta preparar el ambiente para viajar mejor en el tiempo.

—¡Venga, abuelo! Ya lo sabemos. Te hemos encendido la chimenea, hemos extendido la alfombra a tus pies y estamos todos sentados sobre ella a tu alrededor. ¿Algo más? —terminó sonriendo el mayor.

—Sí. Apagad la luz.

El cálido ambiente de aquel salón impacientaba a tan exquisita audiencia. Se hizo un silencio sólo roto por el crepitar del fuego de la chimenea que, tímidamente, alumbraba la habitación, y el abuelo, plácidamente sentado en su sillón y recordando su belle époque cinematográfica, comenzó diciendo:

—Había una vez, hace muchos, muchos años...



León Tolstói

Terminado el primer acto, el público asistente prorrumpió en incessantes aplausos y, efervorizado por el ingenio del autor, pidió la aparición de éste en el escenario.

Don Jacinto salió a saludar a los asistentes e inmediatamente dijo Marcelina a su cuñada:

—¡Anda! Ahí tienes al primo.

Norberta, entusiasmada y con no pocas ganas de hacer notar su presencia gritaba:



Don Jacinto Benavente leyendo *Gente conocida* a la señorita Cobeña y al señor Thuillier, de Franzen, *Blanco y Negro*, 31-10-1896

—¡Primo...! ¡Primo...! ¡Primo...

Pero tuvo mala suerte, porque la euforia de estas dos mujeres fue cortada radicalmente por un vecino del asiento trasero que, con autoritarismo y sequedad exclamó:

—¡Ustedes! Acompañenme a la Comisaría.

—Pero... ¿Qué dice este hombre? –Contestaron sorprendidas.

—Un artista como don Jacinto no merece ser llamado así –replicó aquel señor.

El asunto iba en serio, y el vocerío de las dos cuñadas, que no se aturdían, llegó hasta los oídos del autor:

—¡Jacinto! Mira, que nos quieren llevar detenidas –Suplicaban a voces.

El ilustre don Jacinto, reconociéndolas, saltó del escenario y, en seguida, fue a interesarse por sus parientes.

—¿Qué os pasa? –Preguntó sorprendido.

—Que este hombre nos quiere llevar a declarar a la comisaría porque dice que te estamos insultando –le explicaron señalando con el dedo al supuesto defensor del orden.

El paciente don Jacinto se vio forzado a aclarar aquella situación de «primos»: Él, que era el principal primo; Norberta, que era prima hermana; Marcelina que, casada con el primo hermano Balbino, se convertía automáticamente en prima política; y el «primo» del señor de atrás que, erigiéndose en defensor de la justicia y el arte, no supo interpretar el benévolo griterío.

El desconocido señor pidió disculpas a toda la familia allí reunida, y don Jacinto suplicó a sus dos parientes:

—Sentaos y estaos quietas, cuando termine la representación volveré a por vosotras.

Y así fue. Terminada la representación, fueron invitadas por el insigne autor a su casa, donde cenaron y descansaron hasta el día siguiente.

...y es que en España es pícara hasta la lengua que a veces, con el doble sentido de sus palabras, hace que sea necesario mirar a los ojos del parlante para descubrir el verdadero significado de lo que dice.

P.D. El insigne dramaturgo don Jacinto Benavente era descendiente materno de la madrileña población de Villarejo de Salvanés, población natal de este autor. El primer cine de este pueblo fue el Cine Benavente, y familiares de don Jacinto aún pasean por sus calles.

15 de enero, 1992



Andrés Jiménez París (derecha) posa con un vecino en el patio de butacas del cine que acababa de inaugurar con *Cuatro tíos de Texas* de Robert Aldrich.

Al fondo, las sillas que se apilaban de día para continuar las obras, y se extendían por la tarde para la sesión de noche.

DE CÓMO SE INAUGURÓ EL CINE PARÍS DE VILLAREJO DE SALVANÉS

Es el día 31 de agosto de 1966 y, al filo del mediodía, aparecen en la Plaza Principal del pueblo –llamada «de España»–, unas fotografías encartonadas, clavadas con tachuelas en un tablero, junto a un cartel que anuncia: «Hoy a, a las 10 de la noche, Cine de verano».

Demasiado tarde para abrir un cine de verano, pero nadie se sorprendió porque todos sabían que, unos meses atrás, se había comenzado la construcción de un cine en la calle Mayor. Sin embargo, pocos o nadie auguraba un final feliz porque el emprendedor de aquella aventura, no contaba con medios económicos propios, y tampoco tenía relación alguna con personas influyentes a las que apelar en caso de necesidad. De su parte solamente estaban el empeño, la tenacidad y unas enormes ganas de luchar.

Decididamente, Andrés Jiménez París contrató a unos albañiles y, al cabo de dos meses, se encontró con las paredes levantadas del futuro cine, pero sin ningún otro medio para seguir adelante. Sólo había una salida: abrir el cine sin esperar su terminación.

Con una pared enlucida de yeso que hiciera las funciones de pantalla, una especie de cabaña o cobijo en la parte trasera que sirviera de cabina, y cerca de doscientos asientos entre sillas, butacas, bancos e incluso cajas de refrescos, el local quedó –supuestamente– listo para el gran estreno.

Faltan dos horas para el comienzo de la sesión y la gente comienza a hacinarse ante un agujero que aparece en la desnuda pared delantera, y que se supone la taquilla. Suena música de Manolo Escobar y el público comienza a sacar su correspondiente entrada al precio de doce pesetas.

Primer problema: A los pocos minutos de abrir la taquilla, ya están vendidas las doscientas entradas que corresponden a todos los asientos, pero son los mismos espectadores quienes ponen la solución. Cuando se oye que ya no hay dónde sentarse, sin salir de la fila para no perder la vez, unos mandan a otros traer las sillas de su propia casa. Y las sillas llegan a montones.

El patio de butacas está lleno, aunque sea con mobiliario ajeno –y de lo más variopinto– pero, ante la puerta principal –de «segunda» mano y provisional– hay tantas personas que parece que todavía no hubiera entrado nadie y, lo que es peor, reclaman entrar «como sea».

El forjado del «Gallinero» se ha echado de cemento hace dos días y aún no tiene sillas ni barandilla protectora mas, como nadie quiere perderse el espectáculo, la mayoría termina consiguiendo entrar aunque sea para quedarse de pie por los alrededores de los recintos –inferior y superior– o viendo el cine a través de cualquier hueco.

Resultado: mil personas viendo *Cuatro tíos de Texas* con Ursula Andress, Anita Ekberg, Frank Sinatra y Dean Martin, en un local que en el futuro tendrá un aforo de cuatrocientas cincuenta butacas. Claro que, como no había techo, el aire era limpio. Obviamente se podía fumar pero, como los ladrillos no son inflamables, el único peligro estribaba en quemarse con el pitillo unos a otros y, como en la película había muchos «tiros», tampoco se apreciaba excesivamente que casi todos los presentes estuvieran comiendo pipas.

Todo este ambiente que hoy pudiera parecer una simple fantasía literaria por tan inconcebible en nuestros días, no solamente fue así sino que, además, aquellos primeros espectadores salieron del cine tan contentos que volvieron al día siguiente, y al siguiente del siguiente, y durante todo el mes de octubre y, aunque bien abrigados, hasta bien entrado el mes de noviembre a pesar de que el cine seguía sin techo.

Gracias a esa asiduidad de las gentes del pueblo, las obras pudieron seguir. De día se amontonaban las viejas y deterioradas butacas para dejar paso a los albañiles. De noche se extendían para comenzar la función. El Cine París no descansaba.

Pasada la época inicial, este cine consiguió mantenerse vivo, ofreciendo al público lo que éste exigía en cada momento. Durante largos años fueron los wésterns, luego vino la moda del «destape» y, después de luchar contra el video doméstico y los canales privados de televisión que ocasionaron el cierre de miles de cines en toda España, consiguió abrir sus puertas hasta 2004.

Las distribuidoras cinematográficas que aún no le dejaban estrenar películas, cavaron su tumba. Quizá, «gracias» a ellas, hoy aún sea el primer y único museo de cine profesional de España.

9 de agosto, 1996

UNA SESIÓN DE CINE EN BELMONTE (... a la antigua usanza)

A sí fueron los inicios del cine en Europa, en barracas o de feria en feria, y así es como el Ayuntamiento de Belmonte (Madrid) ha querido revivirle durante sus fiestas patronales de 2000.

Había sido anunciada una sesión de cine como antaño se hiciera en la plaza principal del pueblo. Se había elegido una película de época, y se había pedido a los vecinos que enriquecieran el ambiente poniendo en práctica viejas costumbres: ropa antigua y silla de su casa. Y se consiguió.

A las doce de la noche del lunes día seis de septiembre allí estaba un servidor, en el centro de la plaza, subido en el remolque de un tractor agrícola, con uno de sus quinientos proyectores, dispuesto a comenzar el espectáculo.

Era muy tradicional, hasta finales de los años cincuenta, ofrecer durante las fiestas de los pueblos una sesión de cine al aire libre y, aunque en el caso de Belmonte no habían pasado tantos años desde la última, la proyección iba a estar muy cargada de nostalgia, tanto para el pueblo como para mí mismo que, confieso, no me había visto en esos menesteres desde cuando en esa misma plaza, en 1972, siendo un quinceañero, ayudaba a mi padre en las tareas de proyección. Claro que, con una diferencia fundamental, además de la edad: ahora se actúa por recreo, pero antes era por necesidad.

En el mismo pueblo se había confeccionado una pantalla de tela blanca, y allí estaba, atada entre dos largos postes de madera pegados a unos carros de mulas.

El público, por su parte, se lo tomó en serio. Allí aparecían hasta las más viejecitas abuelas con su silla, dispuestas a coger sitio a pesar del frescor de la noche. Casi todo el pueblo estaba en la plaza: autoridades, miembros de la comisión de Festejos, reina y damas vestidas de época, etc... ni siquiera faltó el cura.

Por fin llegó la hora del comienzo y traté de realizar el acostumbrado ritual para dar un mayor relieve al acto. Subí al escenario y tomé la palabra

para llevar a cabo la presentación –según es mi costumbre– tras lo cual también hice subir al escenario al Señor Alcalde para que sentenciara el acto con su firma en el Libro de Honor de nuestra empresa, del Cine París.

La película, del año 1957 y en oscuro blanco y negro, era nada menos que *Malagueña*, protagonizada por Antonio Molina y Lolita Sevilla, con una duración de noventa minutos, aunque la proyección se alargara durante tres horas, es decir, hasta las tres de la madrugada.

No se quiso omitir ningún detalle y, para ello, previamente se había acordado hacer un descanso cada veinte minutos para dar paso a la música. Todo era igual que antes.

Y así fue. Música y película. Película y música alternaron sus encantos logrando cautivar a un público, plenamente metido en ese ambiente, encantado de revivir los viejos tiempos con sus buenos recuerdos. Fue para todos una gran experiencia.

Una vez más el cine sirvió de nexo de unión entre los espectadores, que mirando a la pantalla y palpando el contenido del film contagiaban entre sí sus propias emociones.

14 de octubre, 2000